



La Recepción del Pensamiento Agustiniano en la Espiritualidad de San Vicente de Paúl

Pablo Roberto Romero Vargas, C.M.

Provincia del Perú

Email: titovicentino@yahoo.es

Abstract:

This study examines the reception of **Saint Augustine's** thought in the spirituality of **Saint Vincent de Paul**, with the aim of demonstrating how the founder of the Congregation of the Mission embraced and reinterpreted some of the principal theological insights of the Bishop of Hippo. The research follows a historical-theological methodology based on an analysis of the *Complete Works of Saint Vincent de Paul* (Sígueme edition), compared with the writings of Saint Augustine, as well as the Magisterium of the Church and specialized scholarly studies. The study focuses particularly on four major themes: the primacy of grace, ongoing conversion, community life, and charity as the expression of mission. The findings show that Saint Vincent did not merely repeat Augustinian doctrine but received, developed, and reinterpreted it within a missionary spirituality centered on the service of the poor, offering an original synthesis that remains highly relevant for the life and mission of the Church today.

Cette étude analyse la réception de la pensée de **saint Augustin** dans la spiritualité de **saint Vincent de Paul**, afin de montrer comment le fondateur de la Congrégation de la Mission a accueilli et réinterprété certaines des principales intuitions théologiques de l'Évêque d'Hippone. La recherche adopte une méthodologie historico-théologique fondée sur l'analyse des *Œuvres complètes de saint Vincent de Paul* (édition Sígueme), confrontées aux écrits de saint Augustin, ainsi qu'au Magistère de l'Église et aux études spécialisées. L'étude se concentre plus particulièrement sur quatre axes majeurs : la primauté de la grâce, la conversion permanente, la vie communautaire et la charité comme expression de la mission. Les résultats montrent que saint Vincent ne se contente pas de reprendre la doctrine augustinienne, mais qu'il la reçoit, la développe et la réinterprète dans une spiritualité missionnaire centrée sur le service des pauvres, offrant ainsi une synthèse originale qui demeure pleinement actuelle pour la vie et la mission de l'Église.

Este estudio analiza la recepción del pensamiento de san Agustín en la espiritualidad de san Vicente de Paúl, con el propósito de mostrar cómo el fundador de la Congregación de la Misión asumió y reinterpreto algunas de las principales intuiciones teológicas del Obispo de Hipona. La investigación sigue una metodología histórico-teológica basada en el análisis de las *Obras completas* de san Vicente de Paúl (ed. Sígueme), confrontadas con los escritos de san Agustín, así como con el Magisterio y estudios especializados. El estudio se centra especialmente en cuatro ejes: la primacía de la gracia, la conversión permanente, la vida comunitaria y la caridad como expresión de la misión. Los resultados muestran que san Vicente no se limita a repetir la doctrina agustiniana, sino que la recibe, la desarrolla y la proyecta hacia una espiritualidad misionera centrada en el servicio de los pobres, ofreciendo una síntesis original que conserva plena actualidad para la vida y la misión de la Iglesia.



Keywords: San Agustín, San Vicente de Paúl, espiritualidad vicentina, recepción teológica.

Entre los Padres de la Iglesia citados por san Vicente de Paúl, san Agustín ocupa un lugar particularmente destacado. Sus escritos muestran que el fundador de la Congregación de la Misión conocía y apreciaba la doctrina del Obispo de Hipona, a quien recurre con frecuencia para fundamentar sus enseñanzas espirituales, explicar algunos aspectos de la vida cristiana o responder a las controversias teológicas de su tiempo. No se trata de referencias ocasionales o meramente ornamentales. La presencia de san Agustín en las *Obras completas* revela una afinidad espiritual que merece ser considerada con mayor detenimiento.

Naturalmente, san Vicente no fue un teólogo sistemático ni pretendió elaborar una síntesis doctrinal semejante a la de san Agustín. Su interés fue eminentemente pastoral. Citó a los Padres de la Iglesia en la medida en que sus enseñanzas ayudaban a formar a los misioneros, orientar a las Hijas de la Caridad y fortalecer la vida cristiana de los fieles. Desde esta perspectiva, la autoridad del Obispo de Hipona aparece constantemente al servicio de un objetivo concreto: conducir a los creyentes a una mayor fidelidad a Jesucristo y a una entrega más generosa en el servicio de los pobres.

El presente artículo no pretende estudiar toda la influencia de san Agustín sobre san Vicente, tarea que exigiría una investigación mucho más amplia. Su propósito es más modesto: analizar algunas de las principales referencias agustinianas presentes en las *Obras completas* y mostrar cómo san Vicente recibe ciertas intuiciones fundamentales del Obispo de Hipona —especialmente sobre la gracia, la conversión, la vida comunitaria y la caridad— para integrarlas en una espiritualidad profundamente misionera. A través de este recorrido se podrá advertir que la herencia agustiniana no permanece en san Vicente como una doctrina aprendida, sino que se convierte en un principio inspirador de su acción evangelizadora.

“Mi amor es mi peso; él me lleva adondequiera que soy llevado.”
San Agustín, *Confesiones*, XIII, 9, 10.

*“Amemos a Dios, hermanos míos; amemos a Dios,
pero que sea a costa de nuestros brazos.”*
San Vicente de Paúl, *Obras completas*, XI, 733.

1. San Agustín como un maestro espiritual para san Vicente.

Entre los autores cristianos que san Vicente cita en sus conferencias y escritos, san Agustín ocupa un lugar privilegiado. Lo presenta como una autoridad segura para la vida espiritual, un testigo fiel de la tradición de la Iglesia y un modelo de pastor. Sus referencias abarcan temas muy diversos: la gracia, la conversión, la humildad, la vida comunitaria, la obediencia, la misericordia e incluso algunas cuestiones disciplinares. Esta amplitud pone de manifiesto que el fundador de la Congregación de la Misión conocía suficientemente el pensamiento del Obispo de Hipona y encontraba en él una fuente permanente de inspiración.

No es casual que san Vicente recurra con tanta frecuencia a san Agustín. Ambos comparten una misma convicción de fondo: toda la vida cristiana nace de la iniciativa de Dios y encuentra su plenitud en la caridad. Esta idea atraviesa toda la obra del Obispo de Hipona y constituye también uno de los pilares de la espiritualidad vicentina. Como escribió san Agustín al comienzo de sus *Confesiones*: “*Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti.*”¹ El hombre solo alcanza su verdadera realización cuando responde al amor de Dios.

Aunque san Vicente nunca comenta expresamente este célebre pasaje de las *Confesiones*, toda su enseñanza refleja esa misma perspectiva. En sus conferencias insiste repetidamente en que la vocación cristiana no puede entenderse como fruto exclusivo del esfuerzo humano, sino como respuesta agradecida a la gracia divina. De ahí que haya escrito lo siguiente: “*No podemos nada sin la gracia y por eso toda la gloria se le debe a él, lo mismo que un maestro que toma y dirige la mano del niño para hacerle escribir.*”² Desde esta convicción exhorta a los suyos a dejarse conducir por la Providencia, convencidos de que “*las obras de Dios tienen su momento*”³, y a reconocer que toda fecundidad apostólica procede, en último término, de la acción de Dios.

La admiración de san Vicente por el Obispo de Hipona aparece también cuando lo propone como ejemplo de fidelidad eclesial. En una carta escrita en el contexto de las controversias provocadas por el jansenismo, recuerda que Jansenio había leído repetidas veces las obras de san Agustín, pero añade inmediatamente que “*no lo comprendió tan bien como el concilio de Trento*”. Con esta afirmación, el fundador de la Congregación de la Misión deja claro que la interpretación auténtica de los Padres de la Iglesia no depende únicamente de la erudición, sino que debe realizarse siempre en comunión con el Magisterio de la Iglesia. La autoridad de san Agustín es indiscutible, pero su pensamiento no puede separarse de la Tradición viva de la Iglesia.⁴

Esta observación resulta particularmente significativa. San Vicente no cita a san Agustín para respaldar opiniones personales ni para alimentar discusiones académicas. Lo hace porque reconoce en él a un maestro de la vida cristiana cuya enseñanza continúa iluminando los desafíos de su tiempo. Así, la recepción vicentina del pensamiento agustiniano no consiste en repetir sus fórmulas, sino en asumir su espíritu y hacerlo fecundo en el contexto de la evangelización del siglo XVII. Las páginas siguientes permiten comprobar cómo esa recepción se manifiesta en algunos de los núcleos fundamentales de la espiritualidad vicentina.

2. La herencia agustiniana en la espiritualidad vicentina.

a. La primacía de la gracia y la respuesta del hombre

El primer aspecto en el que se advierte con mayor claridad la recepción del pensamiento agustiniano es la doctrina de la gracia. San Agustín dedicó buena parte de su ministerio episcopal a defender que la salvación es siempre iniciativa de Dios. Frente a Pelagio, afirmó que el hombre, herido por el pecado, no puede alcanzar por sí mismo la comunión con Dios, sino que necesita ser prevenido, sostenido y perfeccionado por la

¹ *Confesiones*, I, 1, 1.

² Vicente de Paúl, *Obras completas*, t. X, Salamanca, Sígueme, 1975, “*Estudio sobre la gracia*”, p. 197. En adelante, solo se citará el tomo de las *Obras Completas* y la página respectiva.

³ IV 122-124.

⁴ III 299 y 303. Sobre esta valoración de Jansenio y la interpretación de san Agustín, véase también el índice temático de la edición española de las *Obras Completas*.

gracia divina. “Sin duda que nosotros obramos cuando obramos; pero Él hace que obremos al dar fuerzas eficacísimas a la voluntad”⁵, comenta el santo, mostrando que incluso el comienzo de la conversión es ya un don de Dios.

Esta doctrina encontró una profunda resonancia en san Vicente de Paúl. En su *Estudio sobre la gracia*, al defender que Dios concede a todos los hombres las ayudas necesarias para la salvación, recurre expresamente a la enseñanza de san Agustín. Después de citar las palabras “*Ilumina a todo hombre que viene a este mundo*”, recuerda que el Obispo de Hipona se pregunta por qué no todos son iluminados y responde: “*No es que les falte la luz, sino que ellos faltan a la luz*”. Añade luego que, aunque Dios ofrece su gracia y su buena voluntad a todos, no todos se salvan “*porque no quieren*.”⁶

Estas palabras resumen admirablemente la manera como san Vicente recibe el pensamiento del Obispo de Hipona. No entra en las complejas discusiones sobre la naturaleza de la gracia eficaz o suficiente, tan frecuentes en la teología de su tiempo. Su interés es eminentemente pastoral. Lo que desea inculcar en los suyos es una actitud de profunda confianza en Dios y, al mismo tiempo, una responsabilidad constante para cooperar con la gracia recibida.

En este punto se percibe una diferencia de acento entre ambos autores. San Agustín desarrolla una reflexión teológica de gran profundidad sobre la iniciativa absoluta de la gracia; san Vicente, sin abandonar esa perspectiva, la traduce al lenguaje de la vida espiritual. La pregunta ya no es cómo actúa la gracia en abstracto, sino cómo debe responder el misionero cuando Dios lo llama a servir, a convertirse o a perseverar en su vocación.

Esta dimensión práctica aparece también en otra afirmación característica del fundador de la Congregación de la Misión. Después de recordar la doctrina agustiniana, concluye que la gracia exige una respuesta libre y perseverante. Dios nunca deja de ofrecer su ayuda; el verdadero peligro consiste en resistirse a ella o dejar pasar las ocasiones que concede para crecer en santidad. Por eso afirma que “*no podemos nada sin la gracia y por eso toda la gloria se le debe a él, lo mismo que un maestro que toma y dirige la mano del niño para hacerle escribir*.”⁷ Pero esa convicción no conduce a la pasividad, sino a una fidelidad cada vez mayor a las inspiraciones de Dios. La cooperación cotidiana con la gracia constituye, para san Vicente, el camino concreto de la santidad.

No es casual que san Vicente recurra precisamente a san Agustín cuando trata este tema. Durante el siglo XVII, diversos autores invocaban la autoridad del Obispo de Hipona para sostener las tesis jansenistas.⁸ El fundador de la Congregación de la Misión conocía bien aquella controversia y se esforzó por mostrar que la auténtica doctrina agustiniana debía leerse siempre en comunión con la enseñanza de la Iglesia. Por ello afirma que Jansenio había leído repetidas veces las obras de san Agustín, pero “*no lo comprendió tan bien como el concilio de Trento*”.⁹ La observación no pretende

⁵ *De gratia et libero arbitrio*, 16, 32

⁶ X 193.

⁷ X 197.

⁸ Cf. Henri Rondet, *La gracia de Cristo*, trad. Manuel López Villaseñor y José María Abizanda, Barcelona, Editorial Estela, 1966, pp. 261-278. En estas páginas, Rondet expone el origen del jansenismo a partir del *Augustinus* de Cornelio Jansenio y explica que este movimiento pretendía restaurar la auténtica doctrina de san Agustín sobre la gracia, interpretando al Obispo de Hipona como la autoridad decisiva en esta materia.

⁹ III 299 y 303.

desacreditar el estudio de los Padres, sino recordar que la Tradición de la Iglesia constituye el marco adecuado para interpretarlos.

La enseñanza conserva plena actualidad. También hoy existe el riesgo de confiar excesivamente en las propias capacidades o, por el contrario, de caer en una actitud pasiva que espera todo de Dios sin comprometer la propia libertad.¹⁰ San Agustín y san Vicente evitan ambos extremos. El primero recuerda que la gracia precede siempre al esfuerzo humano; el segundo muestra que esa gracia solo produce fruto cuando encuentra un corazón dispuesto a cooperar con ella. La espiritualidad vicentina nace precisamente de este equilibrio: reconocer que Dios lo hace todo y, al mismo tiempo, entregarse plenamente a la misión que él confía.

La primacía de la gracia constituye, así, el fundamento de toda la espiritualidad de san Vicente. Desde ella se comprende la conversión permanente, la vida comunitaria y el servicio a los pobres. Todo comienza por Dios; todo permanece sostenido por su gracia; y todo vuelve finalmente a él por medio de la caridad.

b. La conversión del corazón y la vida en comunidad

La gracia de Dios no actúa de manera mecánica sobre el hombre. Su finalidad es transformar el corazón para hacerlo capaz de amar a Dios y al prójimo. Esta convicción, profundamente arraigada en la teología de san Agustín, encuentra también una expresión constante en la espiritualidad de san Vicente de Paúl.

El itinerario espiritual del Obispo de Hipona está marcado por la experiencia de una conversión permanente. Las *Confesiones* narran el paso de una vida centrada en sí mismo a una existencia completamente orientada hacia Dios. Ese cambio no fue obra de un esfuerzo exclusivamente humano, sino de la acción paciente de la gracia. Por eso, al dirigirse a Dios, exclama: “*Da lo que mandas y manda lo que quieras*”¹¹, reconociendo que todo auténtico progreso espiritual comienza con el don divino. De ahí que exhorte continuamente a no aplazar la conversión, porque cada instante constituye una nueva oportunidad para responder al amor de Dios.

San Vicente hace suya esta enseñanza al presentar la conversión como una obra de la gracia que transforma profundamente el corazón. Al comentar el espíritu de compunción, propone a san Agustín como modelo de quien no dudó en manifestar sus pecados para glorificar la misericordia divina:

“Vemos cómo lo han practicado los mayores santos. San Agustín, en sus Confesiones, manifestó sus pecados a todo el mundo, imitando a san Pablo, que declaró en voz alta y publicó en sus epístolas que había sido un blasfemo y un perseguidor de la Iglesia, a fin de manifestar así las misericordias de Dios para con él. Tal es el efecto de la gracia, cuando llena un corazón; echa fuera de él todo lo que le es contrario”.¹²

¹⁰ Cf. Francisco, *Gaudete et exsultate*, nn. 47-62, donde advierte contra el “neopelagianismo” que lleva a confiar excesivamente en las propias fuerzas, olvidando la primacía de la gracia, y recuerda que la vida cristiana es siempre respuesta libre al don de Dios.

¹¹ *Confesiones*, X, 29, 40.

¹² XI 699.

Esta reflexión pone de manifiesto que la conversión no consiste únicamente en el reconocimiento del pecado, sino en la acción interior de la gracia, que purifica el corazón y lo dispone para una vida nueva. En ello se advierte una clara continuidad con la experiencia espiritual de san Agustín, para quien toda auténtica conversión nace siempre de la iniciativa misericordiosa de Dios.

La conversión, sin embargo, no concluye con el primer impulso de la gracia, sino que debe prolongarse en un proceso continuo de purificación y crecimiento espiritual. En este contexto resulta significativa otra referencia de san Vicente al Obispo de Hipona. Al exhortar a las Hijas de la Caridad a no descuidar las pequeñas infidelidades, recurre a una comparación tomada de san Agustín para poner de relieve que la vida espiritual puede deteriorarse lentamente cuando no se combaten las faltas aparentemente insignificantes:

*“San Agustín compara a esas personas que no tienen en cuenta los pecados pequeños con un barco en el que se hace un agujero diminuto en la parte inferior. Como no se ve, nadie le da importancia. Así, poco a poco, el agua va penetrando y consigue que el barco se hunda. Si el agujero hubiera sido grande, pronto lo habrían remediado; pero como era pequeño, no se tiene en cuenta y es eso lo que acaba con el barco.”*¹³

Esta comparación expresa con gran fuerza una convicción compartida por ambos autores: la conversión no se juega únicamente en las grandes decisiones de la vida, sino también en la vigilancia cotidiana sobre el corazón. La fidelidad en las cosas pequeñas constituye el camino ordinario por el que la gracia va configurando progresivamente al creyente con Cristo.

La imagen del barco que termina hundiéndose por un pequeño agujero permite comprender uno de los rasgos más característicos de la pedagogía espiritual vicentina. La santidad no se construye únicamente mediante decisiones extraordinarias, sino a través de la fidelidad perseverante en las obligaciones ordinarias: *“Sí pues, hay que ser fieles en las cosas pequeñas para no caer en las grandes. (...) Si no sois fieles a esas prácticas pequeñas (...) no podréis realizar ningún progreso en el camino de la virtud. (...) El que es fiel en lo poco lo será también en lo mucho.”*¹⁴ El combate espiritual se libra, sobre todo, en la vida cotidiana: en la oración, en la obediencia, en la humildad y en la caridad fraterna. La conversión deja así de entenderse como un acontecimiento aislado para convertirse en una actitud permanente de vigilancia y docilidad a la gracia, perspectiva que enlaza de manera directa la espiritualidad vicentina con la tradición agustiniana.

Esta renovación interior encuentra un ámbito privilegiado en la vida comunitaria. San Agustín había descubierto, desde los comienzos de su ministerio, que el seguimiento de Cristo no podía vivirse de manera aislada. Inspirándose en la descripción de la primera comunidad cristiana (cf. Hch 4,32), exhorta en el comienzo de la Regla de san Agustín a que los hermanos vivan *“un solo corazón y una sola alma dirigidos hacia Dios.”*¹⁵ La comunidad no era simplemente una forma de organización, sino el espacio donde la caridad podía crecer y hacerse visible.

San Vicente comparte plenamente esta visión. Desde los primeros años de la Congregación de la Misión insiste en el valor de la vida común como un don de Dios. Al

¹³ IX 852-853.

¹⁴ IX 853.

¹⁵ Regla, I, 3.

dirigirse a las Hijas de la Caridad les recuerda que la Providencia las ha reunido para vivir un mismo ideal y añade: “*¿Qué ventaja estar en una comunidad, puesto que cada miembro participa del bien que hace todo el cuerpo! Por este medio podréis tener una gracia más abundante.*”¹⁶ La afirmación resume admirablemente la comprensión vicentina de la comunidad. Vivir juntos no responde únicamente a razones prácticas o de organización apostólica. La comunidad es un lugar de gracia, donde cada uno participa de los bienes espirituales de los demás y aprende a crecer en la caridad. No es casual que las Constituciones de la Congregación de la Misión presenten la comunidad no solo como un medio para la eficacia misionera, sino como una alternativa de crecimiento personal¹⁷, mientras que las Constituciones de las Hijas de la Caridad la describen como un lugar donde se vive el afecto, el crecimiento humano, además de la creatividad apostólica¹⁸. En ambos casos se percibe la permanencia de la intuición agustiniana, asumida y desarrollada por san Vicente en el corazón mismo del carisma vicentino.

Por ello, san Vicente insiste repetidamente en la necesidad de conservar la unión entre los miembros de la Congregación. Ninguna misión puede ser fecunda si está sostenida por corazones divididos. Al despedir a los misioneros que partían hacia Irlanda, les exhorta:

*“El Espíritu de Cristo es un espíritu de unión y de paz; ¿cómo podríais atraer a las almas a Jesucristo si no estuviérais unidos entre vosotros y con él mismo? De ninguna manera. (...) Id, pues, como si no tuvierais en él más que un solo corazón y una misma intención; de esta manera es como produciréis fruto.”*¹⁹

La fraternidad no constituye, por tanto, un aspecto secundario de la vida misionera, sino una condición de su fecundidad apostólica. Antes de anunciar el Evangelio con la palabra, el misionero debe hacerlo visible mediante la comunión de vida.

En este punto se percibe uno de los rasgos más originales de la recepción vicentina del pensamiento agustiniano. San Agustín había desarrollado una profunda teología de la interioridad y de la comunión eclesial. Para él, la acción interior del Espíritu no puede separarse de la pertenencia amorosa a la Iglesia: “*También nosotros recibimos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, si estamos unidos por la caridad (...). Cada uno posee el Espíritu Santo en la medida en que ama a la Iglesia de Cristo.*”²⁰ San Vicente lleva esas intuiciones al terreno concreto de la misión. La conversión del corazón desemboca así naturalmente en la vida comunitaria, y la comunidad se convierte en el ámbito donde la gracia madura y prepara al misionero para el servicio de los pobres.

¹⁶ IX 21.

¹⁷ “*La convivencia fraterna que se alimenta continuamente de la misión, crea la comunidad para conseguir el progreso personal y comunitario y para hacer más eficaz la obra de evangelización*” (Constituciones de la Congregación de la Misión, C. 21 §2).

¹⁸ “*La Comunidad local quiere reproducir la imagen de la Santísima Trinidad, según la expresión de los Fundadores que deseaban que las Hermanas fueran como un solo corazón y obraran con un mismo espíritu. Tal Comunidad se construye día tras día por medio del don de sí y el compromiso de cada una. Es un lugar donde se vive el afecto que favorece el crecimiento humano y espiritual así como la creatividad apostólica.*” (Constituciones de las Hijas de la Caridad, C. 32a).

¹⁹ XI 70

²⁰ *In Ioannis Evangelium tractatus*, XXXII, 8.

3. De la contemplación a la misión: la caridad como plenitud de la vida cristiana.

La espiritualidad de san Agustín y la de san Vicente convergen en una misma convicción: el amor constituye la meta de toda la vida cristiana. La gracia no conduce únicamente a una mayor perfección interior, sino a la capacidad de amar como Cristo amó. Por ello, el itinerario espiritual iniciado con la conversión alcanza su plenitud en la caridad.

San Agustín expresa esta verdad con una de sus afirmaciones más conocidas: “*Ama y haz lo que quieras.*”²¹ Lejos de proponer un criterio subjetivo de conducta, el Obispo de Hipona enseña que quien ama verdaderamente a Dios orienta toda su vida hacia el bien. El amor se convierte así en el principio que unifica el pensamiento, la voluntad y la acción del creyente.

San Vicente comparte plenamente esta perspectiva. Sin embargo, la desarrolla desde una dimensión marcadamente apostólica. Para él, la autenticidad del amor a Dios se manifiesta en el servicio concreto a los pobres. La contemplación no aleja del mundo, sino que impulsa a salir al encuentro de quienes más necesitan experimentar la misericordia de Dios. En este sentido, la caridad deja de ser únicamente una virtud personal para convertirse en el alma de toda la misión. Por eso san Vicente distingue entre el amor “afectivo” y el amor “efectivo”, afirmando que “*hay que pasar del amor afectivo al amor efectivo, que consiste en el ejercicio de obras de caridad, en el servicio a los pobres emprendido con alegría, con entusiasmo, con constancia y amor.*” Y concluye: “*El amor de las Hijas de la Caridad no es solamente tierno; es efectivo, porque sirven efectivamente a los pobres, corporal y espiritualmente.*”²²

Esta orientación explica que san Vicente recurra a san Agustín también cuando trata cuestiones eminentemente prácticas. Así, recuerda que el Obispo de Hipona autorizaba realizar gestiones en favor de los pecadores y de los prisioneros, subrayando que la misericordia cristiana debe traducirse en acciones concretas de ayuda y reconciliación.²³ En otra ocasión cita su consejo de obedecer prudentemente a los médicos y de afrontar con serenidad los abusos y las dificultades.²⁴ Aunque estas referencias puedan parecer secundarias, manifiestan una misma convicción: la caridad cristiana se vive en las circunstancias ordinarias de la existencia y orienta todas las decisiones del discípulo de Cristo.

²¹ “*Pueden realizarse muchas que poseen una apariencia de bondad, pero no proceden de la raíz de la caridad; también las zarzas tienen flores. Otras acciones, por el contrario, parecen duras y crueles, pero se llevan a cabo para imponer la disciplina bajo el dictado de la caridad. Así, pues, de una vez se te da este breve precepto: Ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien*” (In Epistolam Ioannis ad Parthos, VII, 8).

²² IX 534-535.

²³ “*Es propio de los sacerdotes procurar y tener misericordia de los criminales; por eso, no debe usted negar nunca su asistencia a los que piden su intervención, sobre todo cuando en su crimen ha habido más desgracia que malicia. Hay una carta de san Agustín sobre esta materia (no me acuerdo cuál es), en la que demuestra que no es fomentar el vicio, ni autorizarlo el procurar librar a los pecadores y a los encarcelados por el camino de la intercesión y de la indulgencia, y que pertenece a la caridad y al decoro de los eclesiásticos interceder por ellos*” (VII 366).

²⁴ Cf. III 277; IV 498.

Precisamente por ello, la herencia agustiniana permanece plenamente vigente en la espiritualidad vicentina. En una cultura marcada por el activismo, san Vicente recuerda, con san Agustín, que toda obra apostólica nace de la gracia de Dios. Pero también advierte que la gracia no puede permanecer estéril. Cuando transforma verdaderamente el corazón, se convierte necesariamente en amor efectivo, en servicio humilde y en entrega generosa a los más necesitados.

Esta perspectiva alcanza una de sus expresiones más conocidas cuando exhorta a los misioneros:

*“Amemos a Dios, hermanos míos; amemos a Dios, pero que sea a costa de nuestros brazos; que sea con el sudor de nuestro rostro. Porque muchas veces los actos de amor de Dios, de complacencia, de benevolencia y otros afectos semejantes y prácticas interiores de un corazón amante, aunque muy buenos y muy deseables, son, sin embargo, muy sospechosos cuando no se llega a la práctica del amor efectivo.”*²⁵

Estas palabras condensan admirablemente el modo como san Vicente recibe y prolonga la herencia de san Agustín. Si para el Obispo de Hipona el amor constituye el principio que ordena toda la existencia cristiana, para el fundador de la Congregación de la Misión ese mismo amor debe hacerse visible en el servicio concreto a los pobres. La contemplación conduce necesariamente a la acción, y la experiencia de Dios encuentra su verificación en la caridad efectiva. Allí radica, probablemente, una de las aportaciones más originales de la espiritualidad vicentina a la tradición de la Iglesia.²⁶

Conclusion

El recorrido realizado permite afirmar que la presencia de san Agustín en las *Obras completas* de san Vicente de Paúl no responde a un interés meramente erudito. El fundador de la Congregación de la Misión encuentra en el Obispo de Hipona un maestro de vida espiritual, cuya enseñanza ilumina aspectos fundamentales de la existencia cristiana y de la misión evangelizadora. Por ello, sus referencias a san Agustín no buscan reproducir un sistema teológico, sino ofrecer fundamentos sólidos para la formación de los misioneros y de las Hijas de la Caridad.

Entre las diversas enseñanzas que san Vicente recibe del pensamiento agustiniano, ocupa un lugar central la primacía de la gracia. Como san Agustín, reconoce que toda iniciativa en el camino de la santidad pertenece a Dios y que el hombre solo puede responder a esa llamada con la ayuda de la gracia. Sin embargo, lejos de convertir esta doctrina en objeto de especulación, la presenta como el fundamento de una espiritualidad

²⁵ XI 733.

²⁶ El Papa Francisco, con ocasión de la celebración del IV centenario del nacimiento del carisma vicentino, le dirigió a la Familia Vicentina estas palabras: “*San Vicente estuvo siempre en camino, abierto a la búsqueda de Dios y de sí mismo. A esta búsqueda constante se añadió la acción de la gracia (...). En ese momento, descubrió la mirada de Jesús (...), invitándole a vivir, no ya para sí mismo, sino para servirle sin reserva en los pobres (...). Su vida se transformó entonces en un servicio constante hasta su último suspiro.*” (Francisco, Plaza de San Pedro, el 27 de septiembre de 2017).

caracterizada por la confianza en la Providencia, la conversión permanente, la vida fraterna y la entrega generosa al servicio de los pobres.

Al mismo tiempo, san Vicente manifiesta que la verdadera fidelidad a san Agustín consiste en leerlo desde la Tradición viva de la Iglesia. Su crítica a la interpretación jansenista pone de relieve que la autoridad de los Padres no puede separarse del Magisterio eclesial. De este modo, la recepción vicentina del pensamiento agustiniano no es una simple repetición de sus enseñanzas, sino una lectura creyente que busca actualizar su riqueza en el contexto pastoral del siglo XVII.

Quizá sea precisamente aquí donde radica la mayor originalidad de san Vicente. Las grandes intuiciones teológicas de san Agustín —la gracia, la conversión, la comunión eclesial y la caridad— dejan de ser únicamente objeto de reflexión para convertirse en un auténtico programa de vida apostólica. La interioridad conduce a la misión; la contemplación se prolonga en el servicio; y el amor a Dios encuentra su expresión más plena en el amor efectivo a los pobres. Así, la herencia del Obispo de Hipona adquiere en la espiritualidad vicentina un marcado dinamismo evangelizador.

También hoy esta enseñanza conserva toda su actualidad. En una cultura que con frecuencia oscila entre el activismo y el individualismo, san Agustín y san Vicente recuerdan que toda acción verdaderamente cristiana nace de la gracia de Dios y se verifica en la caridad. Solo una vida transformada por la gracia puede convertirse en instrumento de evangelización y hacer visible el rostro misericordioso de Cristo entre los pobres. Si san Agustín escribió: “*Mi amor es mi peso; él me lleva adondequiera que soy llevado*”²⁷, la espiritualidad vicentina muestra que, cuando ese amor nace de la gracia y se traduce en servicio efectivo a los pobres, se convierte en el impulso más auténtico de la misión de la Iglesia.

References

- Agustín de Hipona. 2019. *Confesiones*. Edición bilingüe. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín de Hipona. 2012. *La Trinidad (De Trinitate)*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín de Hipona. 1990. *Regla*. En *Obras completas de san Agustín*, vol. XL. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín de Hipona. 1975. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*. En *Obras de San Agustín*, vols. XIII-XIV. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Francisco. *Evangelii gaudium*. 2013. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana.
- Francisco. 2017. Mensaje a la Familia Vicenciana con ocasión del IV centenario del carisma vicentino, 27 de septiembre.
- Ratzinger, Joseph. 1992. *Creación y pecado*. Pamplona: EUNSA.
- Román, José María, C.M. 1981. *San Vicente de Paúl. Biografía*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

²⁷ *Confesiones*, XIII, 9, 10.

Rondet, Henri. *La gracia de Cristo*. Traducido por Manuel López Villaseñor y José María Abizanda. Barcelona: Editorial Estela, 1966.

Vicente de Paúl. *Obras completas*. 11 vols. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1972-1986.